

# Charles Tilly: Legado y estela

## De *The Vendée* a *Contentious Performances*, para comprender el conflicto político del s. XIX español

### *In the Wake of Charles Tilly's Legacy*

From *The Vendée* Through *Contentious Performances*:  
Understanding Political Contention in Nineteenth Century Spain

Gloria MARTÍNEZ DORADO y Juan M. IRANZO

zumagloster@gmail.com  
jmial706@hotmail.es

Recibido: 2.6.09

Aprobado definitivamente: 11.1.10

#### RESUMEN

Las últimas obras de Charles Tilly recapitulan, evalúan, concretan y proyectan hacia el futuro el legado empírico y teórico de una vida dedicada a la sociología histórica. Desde su *opera prima* sobre la Vendée hasta *Contienda política y democracia en Europa*, Tilly desarrolló y dio amplio y preciso contenido empírico a un conjunto de conceptos teóricos que hoy vertebran los estudios del conflicto político al inicio de la modernidad europea (entre otros, actuación, repertorio de acción colectiva, estructura de oportunidad política, mecanismos de movilización y, finalmente el despliegue de respetabilidad, unidad, número y compromiso –WUNC, en su acrónimo inglés). Su predilección por los métodos cuantitativos y comparativos perseguía explicar, no el motivacional *por qué* sino el objetivo *cómo, cuándo y para qué* de la movilización popular; no buscaba ‘leyes’ del cambio histórico, sino descripciones analíticamente fértiles de acontecimientos históricos semejantes, pero singulares y únicos. El paradigma metodológico que elaboró por vez primera en *La Vendée*, analíticamente actualizado a través de su obra posterior, sirve aquí como marco para un nuevo abordaje de la movilización social y política que condujo a la primera guerra carlista, específicamente, mediante el estudio comparado de los mecanismos de movilización de recursos materiales y humanos para el esfuerzo de guerra en tres municipios navarros de características económicas, culturales y políticas bien diferenciadas.

**PALABRAS CLAVE:** Charles Tilly, acción colectiva, repertorio, lucha política, actuaciones de interrelación / transacción, repertorio de acción colectiva, estructura de oportunidad política, mecanismos de movilización, despliegue de WUNC, La Vendée, Carlismo, guerra civil, primera guerra carlista.

#### ABSTRACT

Charles Tilly's later work sums up, assesses, specifies and projects into the future the theoretical and empirical legacy of a life of study devoted to Historical Sociology. From his masterpiece *opera prima*, *The Vendée*, on to his latest *Contentious politics*, Tilly developed a vast array of theoretical concepts, which he provided with extensive and precise empirical referents (among them, we may cite: performance, collective action repertoire, political opportunity structure, mechanisms for mobilization and, finally, WUNC: worthiness, unity, numbers and commitment). Today, these notions are located at the very core of the sociological/historical studies about political contention in early Modern Europe. Tilly's preference for quantitative and comparative methods was subservient to his interest in giving account of,

not the motivational *Why?*, but the objective *How, When and What for* of collective mobilization; not in explanatory ‘laws’ of historical change, but in analytically fecund descriptions of similar, but also unique historical episodes. This article adopts the methodological paradigm Tilly first developed when writing *The Vendée*, analytically updated throughout his later work, as theoretical framework for a new approach of the social and political mobilization that led to the first *Carlista* war. Specifically, the mechanisms for mobilization that provided material and human resources for the war effort are researched in three different Navarre villages –selected by their differing economic, cultural, and politically features. .

**KEYWORDS:** Charles Tilly, contentious politics, performance, collective action repertoire, political opportunity structure, mechanisms for mobilization, *WUNC* display, La Vendée, Carlism, civil war, first *Carlista* war.

## INTRODUCCIÓN: EN LA ESTELA DE CHARLES TILLY

El 15 de diciembre de 2007, la Universidad de Michigan propició la grabación de una larga entrevista a Charles Tilly, realizada por Daniel Little (D. Little, 2007). Y allí se desplegó la historia de un hombre que había dedicado su vida a investigar y a enseñar, y que, acompañando sus palabras con expresivos gestos de las manos, exponía con fervor y convicción lo que creía haber hecho bien y los errores que cometió o que otros cometieron inspirados por su obra. Fue coordinador, editor, coeditor y autor de tan numerosas como influyentes aportaciones a las ciencias sociales; como maestro, fue generoso a la vez que exigente y riguroso: impartió clases y organizó seminarios y grupos de discusión, siempre incisivo y atento, dando ánimos, departiendo y compartiendo con alumnos, colegas y amigos ideas, proyectos, simposios, *papers*, comida y vino. Hizo buena pareja de vida y obra con Louise Tilly, madre de sus cinco hijos; nunca tiró la toalla –pues supo hacer de su larga enfermedad camino de conocimiento, dejándonos, con su libro *Why?* (C. Tilly, 2006), un pequeño diario de campaña; y supo despedirse con su entereza y su eficiencia características, por ejemplo, asistiendo tras una penosa sesión de quimioterapia a la lectura de una de las últimas tesis que dirigió, o recopilando lo que estimó fundamental de su legado en su último libro, *Contentious Performances* (C. Tilly, 2008), publicado póstumamente.

En esta obra, tras dedicar toda su vida a estudiar el conflicto y la *lucha política*<sup>1</sup>, Tilly volvió

a sus orígenes para rendir tributo a quienes le precedieron –como su insigne maestro, Pitirim Sorokin–, reivindicar su propio trabajo teórico y metodológico y, *proyectivamente*, situar a colegas y discípulos en la estela de un proyecto investigador que nos invita a proseguir. Digamos que quería su proyecto vivo después de la muerte, que sabía próxima. Tilly falleció el 29 de abril de 2008<sup>2</sup>.

Con paciencia, tesón y lucidez, como se realiza un rompecabezas, Tilly cuenta cómo, por qué y para qué llegó a emplear los métodos y los conceptos que utilizó a lo largo de su trayectoria profesional, que fue la de un sociólogo a quien le salió al paso la Historia –lo que parece que ocurrió en un archivo francés al que se dirigió a solicitar “algún documento” (Little, 2007, fragmento 8) en el curso de su investigación sobre la guerra de la Vendée. Fruto de esta inmersión en fuentes primarias y de su interpretación y análisis socio-histórico fue, primero, su tesis doctoral, leída en 1959, y, más tarde, su influyente y magnífico libro *The Vendée*, publicado en 1964 con notables revisiones respecto al texto de la tesis. Desde entonces, Tilly siempre caminó por una doble senda, o, más bien, por un intersticio entre ellas. De ahí que plasmasse en la narración de acontecimientos históricos su interés sociológico por el método y los conceptos; y de ahí, también, su insistencia en que no le interesaba tanto establecer regularidades científicas como intentar comprender contingencias históricas, y hacerlo de manera precisa y rigurosa, sin dejarse llevar por la pasión del cronista ni por la imaginación del novelista –aunque no sin alguna dosis de una u otra.

---

<sup>1</sup> Optamos por traducir *contention/contentious* como lucha/de lucha, y *contentious politics* como lucha política, aunque traducciones recientes prefieran contienda política (pese a que usualmente contienda se refiera a la guerra) y algún autor lo haya convertido en política de confrontación. Confrontación nos parece correcto, mas impreciso, pues con ese término aludimos, sobre todo, al contraste de ideas. La dificultad de traducir al castellano *contentious politics* es, quizá, que, durante mucho tiempo, la lucha política por antonomasia fue en España la jurídica, de modo que el adjetivo contencioso sigue “apropiado” por el procedimiento jurídico. De no ser así, podríamos, como los franceses o, al parecer, también los latinoamericanos, traducir esta voz como política contenciosa. Nos hemos rendido ante la evidencia de no poseer otro adjetivo disponible y que cumpliera los mismos efectos. Por todo ello, creemos que lucha da una idea más clara de lo que Tilly quiere expresar con *contentious*, y eso, tanto si nos referimos a la política, como a los repertorios o a las *performances*, todos, de lucha.

<sup>2</sup> Del 3 al 5 de octubre de 2008, organizado por el Social Sciences Research Council y la Columbia University de Nueva York, colegas, discípulos y amigos de todo el mundo rendían homenaje a Chuck, como le gustaba que le llamasen sus iguales, es decir, cuantos se relacionaban con él. Véase el programa y los textos presentados, junto con algunos artículos, CV, bibliografía y *tributes* al maestro, en <http://www.ssrc.org/hirschman/event/2008>. Salvador Aguilar Solé, profesor de la Universidad de Barcelona y que se encargó de verter al castellano, en la Editorial Hacer de Barcelona, algunos de los más recientes y significativos títulos de Tilly, escribió y colgó de la red una reflexión sobre la vida y el trabajo de Chuck que merece la pena visitar ([www.hacereditorial.es](http://www.hacereditorial.es)).

Una vez nos hemos acercado y conocido someramente la trayectoria intelectual y vital de Charles Tilly, lo que nos proponemos aquí es ofrecer una visión de su legado desde su primera aportación, con *The Vendée*, hasta la última entrega póstuma de *Contentious Performances*, para proseguir después en la estela de lo hecho por él, porque no creó escuela pero sembró semilla, y el mejor homenaje que le podemos hacer es cultivarla en nuestro huerto y con nuestros medios, para recoger una cosecha que, si la logramos, será en parte de él.

Abordamos así, en primer lugar, un recorrido por lo que hemos denominado su *legado*, el de sus aportaciones teóricas y metodológicas. Más adelante, proponemos que el estudio y la comprensión del Carlismo español se haga siguiendo la *estela* de *The Vendée*, es decir, tomando este libro de Tilly como modelo de un hacer historiográfico que alcanzó el grado de maestría. Posteriormente, ofrecemos un breve relato alternativo sobre los conflictos políticos de la España del primer tercio del siglo XIX, para finalizar con una propuesta de aplicación, al proceso de movilización carlista en tres municipios navarros, de algunas de las, para Tilly, más apreciadas herramientas teóricas y metodológicas, como son el estudio comparativo y el análisis de los mecanismos de acción.

## EL LEGADO DE CHARLES TILLY (I): CONCEPTOS ORIGINALES Y RIGOR METODOLÓGICO

Comenzando por la intención y el título, en la citada entrevista Tilly declaraba que en *Contentious Performances* había querido brindarnos “una combinación de todo lo hecho sobre Gran Bretaña” (D. Little, 2007: fragmento 8) y que eligió el concepto de *performances* como concepto-guía para el título, significativamente, porque sólo sobre la base de esas “*actuaciones*” se podría componer (*compound*) analíticamente una imagen completa de las interacciones y transacciones que se producen en una determinada *acción de confrontación o lucha política*. Las *actuaciones* ocupan el lugar de honor en su

esquema interpretativo de la *lucha política*, porque es en el curso de dichas *actuaciones* cuando quienes participan en ellas adquieren “una mayor coordinación y cohesión”<sup>3</sup>, y cuando tienen la oportunidad de establecer una interacción con sus oponentes en la que plantear sus reivindicaciones. Convengamos, pues, en describir ese concepto, “más allá de la metáfora teatral” (D. Little, 2007: fragmento 8), como *actuaciones de interrelación/transacción*.

A su vez, mostrar el lugar central de las *actuaciones* en este esquema requiere profundizar en otros de sus conceptos clave: *acciones, interacciones y repertorios*. Tilly habría ido perfilando estos cuatro conceptos como *caja de herramientas* para designar lo más gráfica y rigurosamente posible la secuencia de acontecimientos observada históricamente en toda *lucha política*: toda *acción colectiva* propicia una serie de *interacciones* que, en situación de *oportunidad*, escenifican y desarrollan cierto número de *actuaciones* en las que los actores se reconocen como tales, dotándose de *identidad*, a la vez que plantean sus reivindicaciones a sus oponentes; lo cual, en escenarios históricos concretos y en condiciones favorables para ello, propicia la creación de un *repertorio de acción* capaz de llevar adelante un *episodio de lucha política*. Estos conceptos, que guían y articulan toda su obra y que son una aportación original al estudio de la *lucha política* en las sociedades europeas occidentales, los fue perfilando Tilly a lo largo de toda su obra y los utilizó, en nuestra opinión, con una gran eficacia analítica. En *Contentious Performances* quiso, precisamente, realizar una amplia y documentada historia de estos conceptos y una exhaustiva reflexión acerca de su validez y su pertinencia como instrumentos de análisis y conocimiento histórico, con objeto de poder ofrecérselos, finalmente, como legado suyo.

Al modo de exposición típica de Tilly, el lugar central del concepto de *performances o actuaciones de interacción/transacción* se muestra primero con ejemplos de episodios históricos significativos, y, luego, mediante la disección y pormenorización de cada uno de

<sup>3</sup> “If people learn performances collectively, our explanations will have to include a good deal more coordination and shared understanding” (C. TILLY, 2008: 17).

los otros conceptos y de la opción adoptada, acompañado todo ello de las aportaciones hechas hasta el momento por quienes han usado dichos conceptos o han tomado una u otra opción de investigación. Por ejemplo, detallando cuál ha sido el camino recorrido por el análisis cuantitativo aplicado al estudio de la lucha política, quiénes lo han transitado y cuáles son sus ventajas y limitaciones (C. Tilly, 2008: 31-46).

El concepto de *repertorio* fue adoptado por Tilly desde sus primeros trabajos teóricos tras *The Vendée*, y su eficacia como instrumento de análisis de la lucha política ha sido contrastada en múltiples ocasiones posteriores por el propio Tilly, así como por otros científicos sociales e historiadores que adoptaron su imaginativa y fértil propuesta<sup>4</sup>; e incluso por quienes, sin llegar a usar el término, han expuesto empero su facticidad, como es el caso de James Walvin<sup>5</sup>.

Esta es la definición de *repertorio* ofrecida por Tilly en 1984 (C. Tilly, 1984: 99 –traducción nuestra–):

“En su acepción media, la idea de repertorio presenta un modelo en el que la experiencia acumulada de los actores se entrecruza con las estrategias de las autoridades, dando como resultado un conjunto de medios de acción limitados, más práctico, más atractivo y más frecuente que muchos otros medios que podrían, en principio, servir los mismos intereses.”

Según uno de los más famosos esquemas tillyanos, los procesos de formación estatal y desarrollo del capitalismo marcarían la transformación de los medios de acción de la *lucha política* y, dependiendo de la secuencia evolutiva de tales procesos, a cada época le correspondería un *repertorio* distinto (C. Tilly, 1984: 98)

	LOCAL	NACIONAL
<b>SUBORDINADO</b>	festejo	
	iluminación forzosa cencerrada bloqueo y apropiación de granos invasión de campos y bosques coalición, marcha	
	<b>SIGLO XVIII</b>	
		reunión electoral invasión de asamblea reunión pública
<b>AUTÓNOMO</b>		
		huelga empresarial
		manifestación movimiento social
	<b>SIGLO XIX</b>	

<sup>4</sup> Entre los trabajos más significativos que usan el concepto de repertorio: C. Tilly: 1984, 1986, 1995, 2005; S. Tarrow: 1989, 1998, 2005; M. W. Steinberg: 1994, 1999. Y entre los sociólogos e historiadores españoles: D. Castro Alfin: 1989; R. Cruz Martínez: 1998, 2006; C. Gil Andrés: 2000; M. Pérez Ledesma, 1994; Jesús Casquete: 2006. Ver, asimismo, los artículos reunidos en el monográfico de Política y Sociedad, 18.

<sup>5</sup> Hemos detectado un error en el texto, pues Tilly se refiere claramente a James WALVIN, y no a Roger WELLS, nombre que aparece tanto en el texto (C. Tilly, 2008: 66-67) como en el índice temático, pero que está ausente en la bibliografía, donde sí está, lógicamente, J. WALVIN, con las pertinentes referencias a las que Tilly hace alusión en el texto.

Tilly expuso su teoría sobre los procesos de modernización y las consecuentes luchas de resistencia en su famoso libro *From Mobilization to Revolution* (C. Tilly, 1978). En él defendía que habría habido un hiato histórico significativo entre, por un lado, la *lucha política* propia de sociedades pre-estatales y pre-capitalistas {de alcance *local; subordinada*, en cuanto a formas de acción, a la de sus oponentes; y, en definitiva, de carácter *reactivo*}, y, por otro, la forma de *lucha política* que acompañó a la parlamentarización de la vida política y el desarrollo de las relaciones industriales {de alcance *nacional*, haciendo uso de formas de acción *autónoma* y, en definitiva, de carácter *proactivo*, y cuyo mejor ejemplo sería el *movimiento social*}. Siguiendo un esquema lineal de evolución histórica, lo típico de una sociedad preestatal y no capitalista sería la revuelta, la rebelión y el motín; mientras que en las sociedades estatales y capitalistas la población ya no recurriría a esas formas de lucha y movilización, sino a elecciones, manifestaciones o mítines, y, sobre todo, a movimientos sociales.

Ahora bien, los diversos tipos de movilización, *reactiva/proactiva*, no marcan épocas sucesivas en el tiempo, sino en el acontecer concreto de lo que históricamente sucede. Existen en el Antiguo Régimen ejemplos de movilización que usan métodos modernos, a la par que los disponibles en un repertorio heredado. Los recursos o medios de lucha aprendidos y experimentados como útiles se acumulan y están a disposición de quien sepa usarlos –pero en la *luchas políticas* no intervienen sólo la memoria, la pericia o la voluntad; la adaptación al medio, la creatividad y la originalidad de sus protagonistas tienen tanto o más valor que lo aprendido y experimentado.

La inmersión en el estudio de la larga secuencia histórica de luchas y logros políticos de la Francia contestataria y la Inglaterra de los precoces movimientos sociales (C. Tilly, 1987 y 1995)<sup>6</sup>, llevó a Tilly a modificar y refinar su primer esquema de movilización. Metodológicamente, *From Mobilization to Revolution* fue el techo del estructuralismo tillyano, porque la profundización en esos dos casos históricos

‘ejemplares’ evidenció la necesidad de revisar su esquema teórico, lo que hizo en sucesivas publicaciones: los *repertorios* de acción colectiva no serían herramientas ni instrucciones acumuladas, como catecismos para creyentes practicantes, sino trozos de experiencia vital de generaciones enteras, que en la piel y en el alma aprendieron a defenderse y a reclamar lo que necesitaban. En su último escrito publicado, Tilly nos alertaba respecto a las conclusiones a que pudiéramos haber llegado respecto a un tipo u otro de *repertorio*, diciendo:

“Tradicional/moderno, pre-político/político y distinciones similares no son adecuadas para clasificar los medios de lucha, sino *las particulares circunstancias de los que los usan* [...] En el siglo XIX apareció un nuevo *repertorio* porque nuevos actores se enfrentaron a nuevos desafíos y encontraron que los medios existentes eran inadecuados. [Pero] ni los nuevos desafíos ni las nuevas formas de acción fueron intrínsecamente revolucionarios, [ni] grupo alguno de actores empleó todas las *performances* de uno u otro *repertorio*, tampoco decidieron súbitamente usar uno u otro, y no hubo corte radical alguno de repertorio en 1800, ni en cualquier otra fecha. *Lo que estamos analizando es un continuo de innovación y modulación.*” (C. Tilly, 2008: 44/45 –traducción, cursivas y subrayados nuestros–)

Perfilando este concepto, Tilly (2006b) acuñó el acrónimo “*WUNC*” (*Worthiness, Unity, Numbers & Commitments*), que significa que una *acción* concreta, una vez convertida en cierta *performance o interacción/transacción*, forma parte de un *repertorio* que ha probado ser efectivo por haber conseguido *Respetabilidad* social y *Unidad* interna, además de ser significativo en *Número* de participantes y éstos estar *Comprometidos* en el logro de determinados objetivos. Estos rasgos caracterizarían a un *repertorio* como *fuerte*, el más apto para describir desde la secuencia histórica de las *revueltas de hambre* –la de los siglos XVIII y XIX en Europa, así como las del XX en otras partes del mundo–, a los viejos o nuevos *movimientos sociales*<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> Su artículo en *Política y Sociedad*, 18 es la traducción de las “Conclusiones” del último de ellos.

<sup>7</sup> Como se puede comprobar visitando la red, la noción de *WUNC* ha tenido entre los especialistas un éxito incluso mayor que la de repertorio.

El concepto de *estructura de oportunidad política* no aparecía expresamente en *From Mobilization to Revolution*, pero su modelo de movilización incluía esta secuencia: una mayor o menor *Represión / Permisividad*, propiciaba bien una *Oportunidad* de movilización o, por el contrario, presentaba tal nivel de *Amenaza*, que la hacía impracticable. Como en el caso de los *repertorios*, el esquema era demasiado estructural y apegado a la lógica de la *acción racional*, sin tener en cuenta las contingencias de cada caso concreto. También aquí Tilly fue perfilando su modelo y refinó el concepto de *estructura de oportunidad política*: Para determinar la capacidad de movilización, a la variable *represión / permisividad* se añadieron las de *apertura del régimen político, coherencia de la élite, estabilidad de los alineamientos políticos y secuencia del cambio*. Así pues, analíticamente, los momentos de oportunidad política no son sólo resultado de la mayor o menor represión ejercida por los poderes públicos sino, fundamentalmente, cambios en el contexto de los actores políticos.

En *Contentious Performances*, esta *estructura de oportunidad política* ampliada se ilustra a través del trabajo de Sergio Tamayo (1999) sobre dos *campañas de protesta* en México: la de los estudiantes de la Universidad Metropolitana reclamando derechos políticos en 1968, que acabó en masacre, y la Zapatista de 1994, que movilizó a los indígenas de Chiapas, también exigiendo derechos políticos, aunque en este caso, pese al despliegue militar inicial, hubo una participación significativa de organizaciones nacionales e internacionales, y, posteriormente, se canalizó a través de marchas pacíficas desde la selva hasta el DF.

Tilly aprovecha el estudio de Tamayo para, desde una latitud política y unas dimensiones de movilización que no son las europeas, que tan bien conoce, mostrar que igualmente se dan:

“[...] dos pautas de comportamiento en la *lucha política* que son universalmente válidas. La primera, que el mayor cambio de *performances* y *reper-*

*torios* que se pueda producir en cualquier parte es el resultado de la influencia de una *campaña* –haya sido ésta un éxito o un fracaso– sobre la siguiente. La segunda, que dicha influencia de una *campaña* sobre otra actúa cuando se producen cambios en la interacción entre: la *estructura de oportunidad política*, los *modelos de acción disponibles* y las *conexiones entre diferentes actores*.” (C. Tilly, 2008: 94 –traducción y cursivas nuestras–)

Pero es el caso británico el que Tilly estudió más en profundidad, sobre el que dispone de más datos recopilados y cuantificados, y, en fin, el que considera más ilustrativo de las ventajas analíticas de sus conceptos. En *Contentious Performances*, Tilly describe y explica con un detalle sin precedentes cómo fue y quién participó en el largo y laborioso proceso de recogida de datos, cuantificación y tabulación de los mismos mediante programas informáticos diseñados *ad hoc*; qué selección de conceptos se hizo y por qué; y, finalmente, a qué conclusiones llegó interpretando los datos obtenidos, exponiéndolos mediante gráficas y tablas, imágenes y palabras.

De otra parte, su interés por la Historia le llevó a buscar una metodología capaz de *encontrar*<sup>8</sup> un nexo de unión entre ésta y la Sociología. En tal sentido, tanto en su último libro, como en los muchos artículos que dedicó a cuestiones metodológicas<sup>9</sup>, destaca su predilección por los *métodos* formales y empíricos, en especial el *cuantitativo y el comparativo*, así como por los *mecanismos de acción*<sup>10</sup>, a los que otorgaba más potencia explicativa que la tradicional búsqueda de leyes o regularidades históricas.

## EL LEGADO DE CHARLES TILLY (II): SOCIOLOGÍA HISTÓRICA

La mayoría de los autores que nutren el *Handbook of Historical Sociology* (G. Delanty y E. F. Isin, eds., 2003) son europeos y, según sus editores, comparten el empeño de reorientar la Sociología Histórica, la “corriente de estudios

<sup>8</sup> Así expresado en C. Tilly, 1981.

<sup>9</sup> Tilly compiló algunos de sus artículos metodológicos (C. Tilly, 2008b). Johann P. Murmann realizó una compilación más completa, aunque tampoco exhaustiva. Ver: <http://www.professor-murmann.info/index.php/weblog/tilly>

<sup>10</sup> En este sentido, Tilly recogió la propuesta teórica de John Elster (1989).

trans-históricos, trans-disciplinarios y multi-paradigmáticos” (R. Ramos, 1993) a la que pertenecen, como representantes de una *tercera ola* en el desarrollo de ésta. Los autores de la *primera ola* fueron americanos en su mayoría (B. Moore Jr., 1966; R. Bendix, 1964; S. N. Eisenstadt, 1966; Neil J. Smelser, 1962; o el propio C. Tilly, 1964) y “lobos solitarios” sin orientación común alguna, teórica o metodológica. Los de la *segunda ola*, en cambio, se marcaron como objetivo, por un lado, desmontar “los ocho Postulados Perniciosos del pensamiento social del siglo XX”, en palabras de Tilly (1984b: 16), y, por otro, contextualizar históricamente las grandes estructuras y los largos procesos configuradores de las sociedades occidentales –sobre todo, la formación de los Estados nacionales y el desarrollo del capitalismo, pero también los procesos revolucionarios o la formación de las clases sociales–. Todos ellos privilegiaron, como los de la primera ola, el método comparativo (T. R. Gurr, 1970; T. Skocpol, 1979; E. K. Trimberger, 1978; o, de nuevo, C. Tilly, 1978, 1981, 1984b).

En los años de apogeo de esta denominada segunda ola, algunos historiadores británicos, como E. Hobsbawm (1965, 1969), E.P. Thompson (1963-1968) o P. Anderson (1974), adalides de la vigorosa corriente de Historia Social de orientación marxista, hallaron un punto de unión con esta corriente sociológica y entablaron relación con algunos autores representativos de la misma, invitados a las universidades donde estos enseñaban –los tres, por ejemplo, visitaron e impartieron clases o conferencias en la New School for Social Research de Nueva York, durante la estancia allí de Tilly–, y, lo más significativo, realizaron investigaciones que ejemplificaban magníficamente lo que los sociólogos históricos americanos se proponían.

En este contexto, un par de años después de la publicación de *The Vendée* (C. Tilly, 1964) –donde puso a prueba lo que los métodos cuantitativo y comparativo provenientes de la Sociología podían dar de sí en el campo de la Historia–, y aprovechando la gran resonancia y buena

acogida general del libro, Tilly escribió un artículo donde animaba a sociólogos y a historiadores a renovar sus métodos de investigación y a buscar una convergencia útil y necesaria entre ellos (C. Tilly, 1966).

Treinta años después, en un influyente artículo, William H. Sewell (1996), reflejó la dimensión del éxito de aquella propuesta al criticar cierta forma de hacer Sociología Histórica que propone una mera “sociología del pasado”, ignorando la tarea más eminente del trabajo del historiador: el estudio de los hechos contingentes, puntuales y singulares en un momento y espacio concretos. Historiador él mismo, pero partidario del uso de métodos de las ciencias sociales para estudiar los hechos históricos, Sewell propugna una sociología histórica del *acontecimiento significativo*<sup>11</sup> como única vía de unión entre la sociología de las “grandes estructuras, los largos procesos y las enormes comparaciones”<sup>12</sup> y la inevitable serie de contingencias históricas. Para Sewell, Tilly logró hacer de la comparación un instrumento útil en *The Vendée* porque, más allá de hacerla depender del largo proceso de urbanización, apuntó con precisión la serie de contingencias históricas que hicieron tan diferentes las estructuras sociales y políticas de las dos regiones que comparó, de manera que una de ellas fuera revolucionaria (Val-Samurois) y la otra contrarrevolucionaria (Mauges)<sup>13</sup>.

En España, a la altura de 1966, la Sociología como disciplina académica se estudiaba casi clandestinamente en la llamada “Escuela Crítica”, que literalmente se refugiaba en el viejo edificio de la Universidad Complutense, en la calle de San Bernardo; y en el “gremio” de los historiadores tuvo que pasar una década, con la muerte de Franco entre medias, para que paradigmas historiográficos como el marxista o el de la historia de las mentalidades fueran practicados sin penalización académica o prohibición gubernamental.

Por su parte, la recepción teórica de la Sociología Histórica tuvo que esperar hasta la década de los ochenta, y lo hizo de la mano tanto de

<sup>11</sup> Considerando tal, “un acontecimiento que históricamente cambió algún tipo de estructura social” (W. H. Sewell, Jr., 1996: 272).

<sup>12</sup> Título del ya famoso libro de Tilly (1984).

<sup>13</sup> Sewell se muestra crítico con su maestro en esta ocasión, pues escribe que Tilly, tras esta magnífica incursión en la historia comparada, en su obra posterior se habría apegado demasiado a una explicación teleológica de los hechos históricos, haciéndolos depender de los largos procesos de formación estatal y desarrollo del capitalismo.



sociólogos (L. Paramio, 1986), como de historiadores (S. Juliá, 1989). Más tarde, M. Pérez Ledesma, pese a “sus reticencias ante el rótulo”, reunió una serie de artículos de aplicación práctica de esta línea de investigación –entre ellos, uno del propio Tilly– en un dossier que publicó la revista *Historia Social* (V.V.A.A., 1993); en ese mismo año, Ramón Ramos publicó su artículo “Problemas textuales y metodológicos de la Sociología Histórica”, y, siendo director de la revista *Política y Sociedad*, ésta le dedicó un monográfico (V.V.A.A., 1995). En 1998, J. Beriain y J. L. Iturrate editaron un “reading” dedicándole una de sus entradas.

Sólo en la década de 1990, algunos historiadores–procedentes tanto de las facultades de Historia como de las de Políticas y Sociología<sup>14</sup>– encararon el desafío enunciado por Tilly (1966) y afrontaron sus retos:

“Explicitar los conceptos que emplean.

“Usar un lenguaje clarificador para describir las acciones de los sujetos históricos.

“Sobrepasar el mito historicista del acontecimiento único e irrepetible para adentrarse en la comparación esclarecedora de hechos contingentes y en permanente construcción.

“Establecer altos estándares de verificación, mediante la sistemática recopilación y codificación de datos, a través de una clara identificación de unidades de análisis y empleando procedimientos capaces de medir la permanencia o variabilidad de las mismas.”

Creemos que el magisterio de C. Tilly no ha sido ajeno a la trayectoria de estos historiadores, los cuales han efectuado una meritoria difusión de sus aportaciones a través de su labor docente, así como traduciendo y publicando algunos de sus trabajos más significativos. Igualmente, mediante la progresiva incorporación del acervo metodológico tillyano a sus propias investigaciones.

En suma, cabe afirmar que los historiadores españoles, en el curso de estas dos últimas décadas, han incluido en sus investigaciones métodos y conceptos de la Sociología, la Antropología, la Ciencia y la Teoría Política o la Economía, es decir, han abierto la Historia a las ciencias sociales. La interdisciplinariedad se viene practicando con resultados brillantes, sobre todo en Historia Económica, Demografía Histórica o, más recientemente, en Historia de la Familia. Las reticencias a considerar la Historia una ciencia social, y, por tanto, a utilizar alguno de sus métodos han sido mucho mayores entre los historiadores cuya especialidad es la Historia Política o la Historia Social.

### **THE VENDÉE, NUESTRO REFERENTE HISTORIOGRÁFICO PARA LA COMPENSIÓN DEL CARLISMO**

En el Homenaje que el SSRC y la Universidad de Columbia dedicaron a Tilly en octubre de 2008, W. H. Sewell Jr. contó lo que para él había significado leer *The Vendée*, “un ejemplo de cómo aplicar la sociología a un estudio de historia local” (W. H. Sewell Jr., 2008: 1). En efecto, el primer libro de Tilly ofreció una interpretación socio-histórica de la guerra civil contrarrevolucionaria en la región de Anjou, al Oeste de Francia, no para buscar los motivos de los alzados en armas, a la manera de la historiografía tradicional, sino para identificar el entramado de relaciones sociales, económicas, políticas y antropológicas que hicieron posible que allí, y no en otra parte de Francia, arraigara la contrarrevolución. Tilly no sólo realizó un riguroso examen sociológico de cuán grandes y poderosas eran las divisiones internas en la región –como para permitir a un segmento significativo de la población enfrentarse a la Revolución– sino que además trazó un nuevo relato de las condiciones y mecanismos que hicieron posible la resistencia<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> Entre los más sobresalientes: J. Álvarez Junco, R. Cruz Martínez, E. López Keller, G. de la Fuente Monge, P. Sánchez León y D. Palacios Cereales, de la Complutense de Madrid; M. Pérez Ledesma, de la Autónoma de Madrid; E. González Calleja, de la Carlos III de Madrid; J. M. Casquete Badallo, J. Ugarte Tellería y F. Molina Aparicio, de la Universidad del País Vasco; D. Castro Alfin, de la Universidad Pública de Navarra; J. M. Cardesín Díaz, de la Universidad de La Coruña; C. Gil Andrés, de la Universidad de La Rioja; G. Pasamar Alzuria y P. Rújula López, de la de Zaragoza; J. de la Cueva Merino y P. Oliver Olmo, de la de Castilla-La Mancha.

<sup>15</sup> En su tesis inédita sobre la guerra civil contrarrevolucionaria de los Cristeros mexicanos, R. Jade (1980) siguió el ejemplo de *The Vendée* con resultados dignos de ser tenidos en cuenta.

Pero, además, *The Vendée* destacó por sus aportaciones teóricas y metodológicas, ya que fue un estudio interdisciplinar que rompió moldes historiográficos y hoy día, después de cuarenta años, sigue siendo un ejemplo a imitar, si bien ahora los historiadores usan teorías y métodos de las ciencias sociales sin que eso suponga una ruptura epistemológica con *la tradición*. A imitar, también, porque quizás sea éste, como asimismo dice Sewell, “el mejor libro y el más original de todos los escritos por Tilly” (W. H. Sewell Jr., 2008: 6), donde se ve como en ningún otro la mano de un maestro.

La guerra civil de la Vendée en Francia y la Primera Guerra Carlista en España sucedieron en el tránsito del Antiguo Régimen al Estado Nación. ¿Puede servir *The Vendée* como inspiración para ahondar la comprensión del Carlismo?

Veamos algunas similitudes. En esta época de la historia europea, rebeliones y revueltas eran las formas de lucha política más comunes “de la gente común” –valga la redundancia– y algunas de ellas desembocaban en guerra civil si la estructura de oportunidad no propiciaba otra salida. (Aparte quedaban las guerras internacionales llevadas a cabo entre los ejércitos de las distintas monarquías, normalmente mercenarios, por la adquisición o conservación de territorios). Las transformaciones económicas hacían desear cambios políticos a las nuevas clases emergentes, que planteaban cada vez más desafíos a los viejos gremios de artesanos y a los campesinos. Estas nuevas clases aún no eran en España industriales, pues eran la manufactura y los gremios artesanales las que producían los bienes que la población consumía, sino comerciantes y propietarios de tierras, dinero y bienes, ahora en un mercado cada vez más abierto y libre, así como funcionarios y profesionales. En España, como en Francia, no todas las regiones participaban de los mismos ritmos de desarrollo económico ni todas tenían iguales relaciones con el nuevo Estado que los liberales pretendían poner en pie.

Al fin, aunque a la muerte de Fernando VII, el 29 de septiembre de 1833, los partidarios de su hermano Carlos (que en las revueltas de 1822 y 1827 fueron “realistas” o “malcontents” y a

partir de ahora pasaron a ser llamados “carlistas”) consiguieran, prácticamente al día siguiente, movilizar grupos armados por toda la geografía española, sólo fueron capaces de mantener el desafío al poder central, en forma de doble soberanía y guerra civil declarada, en el Norte (fundamentalmente en Navarra)<sup>16</sup>.

Participando de la opinión de que “...los procesos de construcción del Estado liberal [fueron] procesos de nacionalización de la periferia” (E. Toscas, 1999: 41), hemos establecido la hipótesis de que la estructura de poder estatal que el nuevo régimen liberal aliado a la Corona pretendía expandir a todo el territorio reclamado como “nacional” chocó en Navarra con los poderes locales y regionales existentes, los cuales se resistieron cuanto pudieron, contando para ello con el apoyo de buen número de partidarios entre la población. Es decir, que fueron capaces de aprovechar la estructura de *oportunidad política* que presentaba el nuevo *régimen político* (poca capacidad de penetración estatal, junto a un impulso decisivo de participación política a través del parlamento) para plantear sus demandas, que por conservadoras que fueran, o precisamente por serlo, consiguieron desplegar en Navarra un *repertorio fuerte* de movilización: habiendo adquirido respetabilidad social (*worthiness*), estando unidos (*unity*), siendo significativamente numerosos (*numbers*) y estando comprometidos con unos objetivos de acción bien definidos (*commitments*).

En este sentido, tanto metodológica como teóricamente nos parecen pertinentes y útiles las aportaciones de Tilly, aunque en el estado actual de la investigación renunciamos a la comparación interregional para centrarnos en una comparación de estudio de caso entre varios municipios navarros.

En lo que sigue nos proponemos usar algunas de las herramientas metodológicas y conceptuales aportadas por Tilly para estudiar la contrarrevolución y, en concreto, la Primera Guerra Civil Carlista, que tuvo lugar entre 1833 y 1840. Dicha guerra planteó una resistencia larga y tenaz al establecimiento del Estado liberal, e influyó tan estrecha y largamente en la constitución política de España, que ha sido la

<sup>16</sup> Véase una primera aproximación a la comparación interregional en G. Martínez Dorado (1996)

sombra ineludible de la Revolución Liberal hasta prácticamente nuestros días. Por todo ello, tanto como para recuperar la memoria de lo que fuimos y comprendernos en lo que somos merece ser traída a colación aquí.

## LAS GUERRAS CIVILES DEL PRIMER LIBERALISMO ESPAÑOL COMO ACTUACIÓN DE UN REPERTORIO DE LUCHA POLÍTICA

Comenzaremos discutiendo la guerra civil como una *performance* o *actuación de interacción / transacción* concreta de un conocido y repetidamente utilizado *repertorio* de lucha política en la España del primer tercio del siglo XIX.

En septiembre de 2007 se celebraron las I Jornadas Internacionales de Estudio del Carlismo, en las que se presentaron las más recientes aportaciones sobre el estudio de la contrarrevolución (Actas I Jornadas, 2008). A raíz de una de las ponencias, “La guerra como aprendizaje político: de la Guerra de la Independencia a las guerras carlistas”, surgió una discusión entre algunos de los asistentes y su autor, Pedro Rújula, que giró alrededor de estas preguntas: ¿Es la *guerra* una forma de *violencia política* o, antes bien, la política termina donde comienza la guerra? ¿Fue la *guerra civil carlista* una forma de expresión, incluso de *participación política*?<sup>17</sup> Los interrogantes acerca de las relaciones entre *guerra* y *política* son complejas, de modo que aquí nos planteamos una pregunta quizá de menor alcance teórico, pero, “en la estela de Tilly”, creemos que de mayor interés analítico: ¿Puede considerarse la *guerra civil* como una de las *performances* o *interacciones/transacciones* de un *repertorio* de acción en una determinada *lucha política*?

Según cuenta S. Tarrow (2008: 3), a Tilly le hubiera gustado incluir la guerra como objeto de estudio en *Dynamics of Contention* (D. McAdam, S. Tarrow y C. Tilly, 2001), pero McAdam y él mismo, coautores del libro, se opusieron y Tilly no insistió, “contentándose con hacer algunas citas de su libro *Coercion, Capital and European States* (C. Tilly, 1990)”, concluye

Tarrow. Un par de años más tarde reiteraba el desafío escribiendo *The Politics of Collective Violence* (C. Tilly, 2003). Si en 1990 hablaba, fundamentalmente, de la guerra como formadora de Estados, de la *guerra entre-Estados*, trece años más tarde, Tilly analizaba la *violencia colectiva* como una de las formas que puede adoptar la *lucha política*, la cual habría convivido histórica e incesantemente con la actividad política no violenta: había *campañas militares* (las que se desarrollaban durante una guerra), como las había *electorales* o por la *reclamación de derechos* (de las de Wilkes y Gordon en el XVIII de Gran Bretaña, a la Zapatista de 1994 en México). La *guerra* puede ser considerada una *forma extrema de violencia colectiva*, que puede tener lugar en el curso de una determinada lucha política en el seno de un Estado, intrastatal por tanto, y a la que llamamos entonces *guerra civil*: un conjunto de *performances* o *interacciones* (campañas o cualquier otro conjunto de interacciones) que, en determinadas circunstancias históricas y dependiendo de cuál sea la *estructuras de oportunidad / amenaza* del *régimen* político de que se trate, constituye desde luego, un *repertorio fuerte* de acción.

Así parece entenderlo Tilly al hablar de *destrucción coordinada*, para referirse a “todas aquellas *variaciones de acción colectiva* en las cuales personas u organizaciones especializadas en el uso de los medios de coerción, llevan a cabo *programas de acción* que dañan personas o bienes (C. Tilly, 2003: 103). Consideramos así que la guerra en sus diversas variedades, “guerra civil, guerrilla, conflicto de baja intensidad y conquista”, es el ejemplo máximo de *destrucción coordinada*, aquel en el que ambos contendientes disponen de determinados medios de coerción, fundamentalmente armas, ya sean ejércitos regulares o grupos de guerrilleros, bandas de salteadores de caminos o piratas, levas feudales o el pueblo en armas.

Aún admitiendo que pueda ser únicamente cuestión de definiciones, de un acuerdo tácito convencional en nuestro repertorio de reflexión (sobre la) política, lo que importa es la discriminación y fecundidad empírica que esas definiciones nos procuran. En este sentido, propone-

<sup>17</sup> Una reflexión sobre dichas Jornadas, en G. Martínez Dorado (2008:96-106).

mos diferenciar, de una parte, una *política civil* (ya sea cortesana o parlamentaria, caciquil o de partidos y movimientos sociales democráticos), que es la que se reputa como *normal*; y, de otra parte, una *política belicista*, considerando como tal la que, dada una determinada *estructura de oportunidad* en un conflicto entre agentes políticos, recurre a la violencia armada como medio de *lucha política*.

En la España de comienzos del siglo XIX, el *motín* de Aranjuez (en la tradición del que depuso a Esquilache en 1766) fue acaso la última acción de un *repertorio* que se iba a ver transformado por los graves, amplios y duraderos efectos de los acontecimientos históricos por venir. En 1808, la ausencia del rey fuerza la operación autónoma del ejército real bajo una Junta de Defensa *ad hoc* que, además, no controla las Juntas locales autónomas, con sus ejércitos, milicias y guerrillas. Aunque entonces no resultase obvio, incluso fuera imposible pensarlo, creemos que estos acontecimientos abrieron la posibilidad de que el ejército actuase con independencia de, y hasta contra la Corona. El *pronunciamiento*, a través de un *golpe militar*, con respaldo organizativo civil y dirigido a suscitar el *alzamiento popular* —es decir, el guión improvisado por Daoíz y Velarde y el pueblo de Madrid el 2 de mayo de 1808, pero a partir de ahora intencionado y mejor tramado— se convirtió en una *performance* que cada sublevación militar intentó reproducir una y otra vez durante los siglos XIX y XX, desde el del teniente coronel Rafael de Riego, en 1820, hasta el del coronel Tejero en 1982.

Por fortuna, a la altura de la década de los ochenta del siglo XX, el *pronunciamiento* era parte de un *repertorio débil* (sólo dispuso del último de los requisitos señalados por Tilly en sus *wunc*: en lenguaje de la época, *adhesión inquebrantable a la causa*), que fue incapaz de encontrar los *mecanismos* que le llevaran al éxito rápido, y, a pesar de los temores de muchos, tampoco a una nueva *guerra civil*. La guerra, la violencia armada en general, por consenso masivo y creciente —hoy mayoritario ya incluso en el último bastión que lo negaba, las zonas abertzaleak

del País Vasco— era ya inadmisibles como forma de hacer política. Y esta es una definición performativa: su asunción por la (casi) totalidad de la población y la conciencia cierta de que así era, la hacían fácticamente verdadera.

Lo que ocurrió, tanto en los *pronunciamientos o alzamientos* en favor de don Carlos, en 1833, como en el *golpe de los militares* que siguieron al general Franco en 1936, es que los rebeldes se encontraron con tanta resistencia armada del régimen contra el que se rebelaron, como apoyos y recursos coercitivos en el propio. Es decir, la *estructura de oportunidad/amenaza* no favoreció rápida y claramente a ninguno de los dos bandos, por lo que el bando rebelde logró crear una situación de *doble soberanía*<sup>18</sup> en parte del territorio, mientras que el régimen contra el que se levantaron los rebeldes mantuvo la suya en el resto. Este fue el *mecanismo crucial* que hizo que la lucha política se convirtiera, tanto en un caso como en otro, en *guerra civil* declarada.

La Primera Guerra Civil Carlista fue, así, el efecto perverso o consecuencia no intencionada del fracaso en la actuación de un *repertorio* subversivo de la época por parte de los carlistas, en conjunción con la extrema debilidad fiscal y organizativa del incipiente Estado liberal. Pero a partir de entonces, la *guerra civil* quedó inscrita en un *repertorio* de acción como una *performance o interacción política* que el bando carlista amenazaba al otro con provocar cada vez que encontrara una nueva *estructura de oportunidad*, como ocurrió con la segunda y tercera guerras carlistas.

“La larga *guerra civil* del siglo XIX [que] España vivió y sufrió”, tal y como afirma Jordi Canal (2004/3: 49), uno de los historiadores que con más dedicación y lucidez ha estudiado la contrarrevolución española, ha sido historiográficamente recuperada como tal sólo tras el fin de la dictadura, pues emblemáticamente la guerra civil española pasó a ser la de 1936-1939, siendo rebautizadas sus precedentes como *guerras carlistas*. Este cambio de denominación, de algún modo y durante largo tiempo, las redefinió como conflictos dinástico-ideológicos entre

<sup>18</sup> Tilly se mostró siempre deudor de Trotsky, de quien tomó el concepto de la doble soberanía para explicar los procesos de lucha política revolucionaria. Así lo reconoce en la entrevista que D. Little le hiciera en 2007 (D. LITTLE, 2007: fragmento 3)

absolutistas y liberales, en lugar de *luchas políticas* radicales entre españoles por la definición de España como Estado o del tipo de Estado moderno que sería España.

Veamos cuál fue la secuencia de acontecimientos de la *lucha política* en España, entre la Guerra de la Independencia de 1808-1813 y la Primera Guerra Carlista de 1833-1839/40, ambas *guerras civiles*, como hemos querido demostrar, mediante un breve *relato histórico* de los mismos.

### HITOS DE UN RELATO DE LA REVOLUCIÓN Y LA CONTRARREVOLUCIÓN EN LA ESPAÑA LIBERAL

Así describe Carlos Santacara la entrada victoriosa de Wellington en Navarra, siguiendo algunos de los diarios de campaña escritos por soldados británicos que participaron en la que llamaban “Guerra Peninsular”, pero que tuvo mucho de guerra civil entre españoles:

“El ejército aliado británico-español-portugués, al mando del duque de Wellington, entró en Navarra el 22 de junio de 1813. Entraron por la Burunda en persecución del ejército francés, al que habían derrotado totalmente el día anterior en una batalla decisiva celebrada a las puertas de Vitoria. [Según] John Blakiston, « [...] Se veía claramente que estábamos en Navarra, donde la llama de la resistencia a la detestable invasión francesa, alimentada por el espíritu del emprendedor Espoz y Mina, había brillado más firme y brillantemente que en ninguna otra provincia de España.» [...] El 24 de junio por la tarde, la vanguardia del ejército aliado llegaba a los alrededores de Pamplona.” (C. Santacara, 1998: 11, 18 y 24)

Pero aún les costó varios meses desalojar a los franceses de la Ciudadela pamplonesa, que aquellos ocupaban desde el principio de la guerra. Y esos pocos meses últimos de la guerra, bloqueada Pamplona y con el frente a todo lo largo de su frontera con Francia, fueron para Navarra los peores de la guerra –pueblos quemados y saqueados por los franceses en su retirada, gente desplazada que huía del enfrentamiento entre los ejércitos, cosechas esquiladas por desertores de los dos ejércitos, entrega de suministros, etc.—. Finalmente, los franceses

abandonaron Pamplona el 31 de octubre y Wellington cruzó la frontera hasta San Juan de Luz en noviembre. Algunos destacamentos de los Dragones Reales permanecieron en la Ribera Navarra hasta principios de 1814.

Los campesinos navarros, cuentan los soldados británicos, salían de las casas a su paso para vitorearles como vencedores, pero muchos de ellos eran antiguos combatientes de la *guerrilla* más temible y organizada de toda la península y, a buen seguro, la más persistente. La guerra contra los ejércitos de Napoleón había sido para muchos, no lo olvidemos, también una guerra contra la revolución, y cuando finalmente “el Deseado” recuperó su reino lo hizo a través de un *golpe de Estado* contra quienes habían sido los depositarios de la soberanía, declarada por ellos como “popular”. El 4 de mayo de 1814 Fernando VII anulaba la “Constitución Política de la Monarquía Española”, aprobada en Cádiz el 19 de marzo de 1812 por las primeras Cortes no estamentales de su historia, que lo hacían en nombre de Fernando VII, “en su ausencia y cautividad”, habiendo estado representados en ellas todos los territorios de la Monarquía Hispánica de ambos hemisferios, que no estando bajo dominio francés pudieron enviar sus diputados (el representante de Guipúzcoa fue Miguel Antonio de Zumalacárregui, hermano del que fueran más adelante el mejor militar carlista).

La invasión francesa había propiciado una *situación revolucionaria* en todo el territorio de la Monarquía Hispánica, tanto en la península como en América, que fue aprovechada por la clase política reunida en Cádiz durante los cuatro años de guerra para convocar Cortes Constituyentes, aprobar la primera Constitución de nuestra historia y comenzar una tarea de gobierno que se propuso efectuar reformas y cambios profundos en todos los ámbitos. Sin embargo, a la vuelta de Fernando VII, esa élite reformadora fue perseguida personalmente y aniquilada políticamente sin que nadie saliera en su defensa. Podríamos decir que no hubo *resultado revolucionario* alguno, y que en 1814 se instauró un *régimen represor* de cualquier disidencia o novedad políticas, y que la élite reformadora, incapaz de neutralizar a las élites provinciales y militares ahora unidas en su contra y de encontrar respaldo en potenciales nuevos aliados, quedó fuera del juego político y exiliada.

El 1 de enero de 1820 el jefe de uno de los batallones destinados a la defensa de las colonias americanas sublevadas, Rafael de Riego, aparte declararse en rebeldía al no cumplir las órdenes recibidas, lidera un *alzamiento* a favor de la Constitución de 1812. Este *pronunciamiento militar* era en realidad la punta de lanza de un *complot civil* de mayor envergadura, organizado por alguna de las *sociedades secretas* afines al liberalismo radical a la que el mismo Riego pertenecía. Su *marcha* –o *turnout*, como diría Tilly–, a lo largo de nada menos que dos meses, por pueblos y ciudades de Andalucía, en busca del apoyo y la movilización populares, no obtuvo resultado alguno. Sin embargo, su *acción* propició que en otras ciudades del país se proclamara igualmente la Constitución, y, finalmente, que en Madrid una multitud rodeara el palacio real y la exigiera a Fernando VII. Digamos que, sin salirse del *repertorio* conocido, los actores lograron unas *performances o actuaciones de transacción* lo suficientemente fuertes y coordinadas como para provocar un cambio a su favor en la *estructura de oportunidad política*: el rey percibió una *amenaza* cierta en la *reputabilidad*, la *unidad*, el *número* y el *compromiso* o determinación (el “*wunc*” tillyano) de los militares sublevados, de un lado y, de otro, de las élites urbanas liberales de muchas ciudades, por lo que el restablecimiento de la Constitución se le presentó como la única opción posible de conservar el poder. El 10 de marzo de 1820, Fernando VII, en su *Manifiesto del rey a la Nación española*, mostraba su apoyo a la Constitución de 1812, tal y como pedían los insurgentes, y, como si de una marcha festiva se tratara, lanzó su famosa frase: «Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional».

Pero el régimen *constitucional*, conocido como el del “Trienio Liberal”, no sólo hubo de enfrentarse a la falta de “franqueza” del rey, sino también a la fragmentación y las luchas internas en sus propias filas, la clase política liberal, lo que dificultó la puesta en marcha de sus políticas de reforma fiscal, agraria y religiosa, porque no logró cumplirlas o porque no obtuvo los apoyos y los aliados necesarios. La extrema debilidad del régimen y su falta de apoyos para implementar sus políticas en determinadas regiones, hizo que los *alzamientos realistas* se sucedieran sin solución de continuidad,

convirtiéndose en algunos casos (Navarra, 1821; Cataluña, 1822) en verdaderas aunque no declaradas *guerras civiles*, que pusieron en entredicho la legitimidad y la pura supervivencia política del régimen.

El hoy catedrático de la Pompeu Fabra, Jaume Torras Elías, publicó en 1976 un libro en el que reunía diversos trabajos de investigación de lo que era y ha seguido siendo su especialidad, la Historia Económica, pero uno de ellos, inédito y transversal, respondía a las preguntas que le habían surgido sobre la respuesta campesina a las políticas económicas liberales del Trienio. Este ensayo, que ocupa la parte central y más extensa del libro, resultó ser no sólo pionero en los estudios de Historia Social de la contrarrevolución –haciéndose eco, por cierto, de las aportaciones de B. Moore Jr., y de *The Vendée*–, sino también el más brillante e influyente trabajo que se haya realizado hasta la fecha sobre “Los alzamientos realistas de 1822 en Cataluña” –y, posiblemente, no sólo sobre dichos alzamientos sino también sobre la caracterización de la contrarrevolución en general–:

“Fue en julio y agosto cuando la *sublevación* alcanzó mayor intensidad: en estos dos meses, casi cada día se registraron *enfrentamientos cruentos* en uno u otro lugar del Principado. Ello está atestiguado para un mínimo de veintitrés jornadas del mes de julio, y de veinte para agosto. [Por las mismas fechas,] éxitos realistas en otras regiones, en Navarra sobre todo, [donde] el 3 de julio, el comandante militar de Pamplona admitía que su fuerza actuaba «*como en país enemigo*». [...] En toda España hubo *levantamientos realistas* más o menos vigorosos en 1822.” (J. Torras, 1977: 80-81)

Los “Cien Mil Hijos de San Luis”, al mando del duque de Angulema, realizaron, más que una “invasión”, un paseo militar por la península, desde que cruzaron la frontera por los Pirineos, el 7 de abril de 1823, hasta Cádiz, donde el 1 de octubre se reunían con Fernando VII, que había sido empujado hasta allí por el que sería el último gobierno liberal del Trienio, el cual escenificó un amago de resistencia sin ni siquiera utilizar todos los recursos militares de que disponía. “¿Cuál es el secreto de esta falsa guerra sin combates?, ¿qué explica la defección

de los jefes y la tan poco heroica rendición de Cádiz?”, se pregunta el profesor Fontana. Su respuesta es ésta:

“Sabemos, en efecto, que hubo intentos tardíos de negociación que podrían haber evitado la invasión, de no haberlo impedido las disensiones internas de los liberales españoles, enfrentados en esos momentos en una guerra a muerte entre las facciones de «masones» y «comuneros» [y] las conjuras en el seno del gobierno francés” (J. Fontana, 2006: 62).<sup>19</sup>

La llamada Segunda Restauración instauró un *régimen nada “democrático”*, como el de 1814 a 1820, pero *menos represivo*, o, más bien, con un poder político de la monarquía más débil, menos capaz de implementar sus políticas y de enfrentar las reclamaciones que se le hicieran. A la postre, históricamente, este tipo de régimen ha estado abocado a la *guerra civil*<sup>20</sup>.

Fernando VII necesitaba hombres y dinero para mantener la guerra en América, algo imposible si antes no reformaba la Hacienda y el Ejército, no negociaba la autonomía política y económica de Navarra y las Provincias vascas, y no implementaba la política económica necesaria para salir de la crisis y la miseria generalizadas. Para todo ello, le fue preciso hacer concesiones a la élite política y económica que le venía disputando el poder desde 1812; pero también se vio en la necesidad de tener que contener a los sectores más inmovilistas del clero, de ciertas oligarquías locales y de la propia corte. Él mismo sabía que estaba sentado sobre un polvorín y que cuando muriera sólo haría falta que alguien menos “deseado” fuera incapaz de impedir que alguno de los muchos enemigos de los que estaba rodeado prendiera la mecha. Los pronunciamientos militares de firma liberal ganaron su *denominación de origen* en estos años, y algunos alzamientos realistas, que siguieron produciéndose, como el de los *Agraviats* catalanes en 1827, fueron tanto o más graves que las rebeliones del Trienio. Finalmente,

ocurrió exactamente lo que Fernando VII tuvo la lucidez de percibir: murió el 29 de septiembre de 1833 y el 3 de octubre don Santos Ladrón de Cegama *dio el primer grito* de “Viva Carlos V” y se dispuso a movilizar a los realistas de su tierra natal, Navarra.

Las *proclamaciones* se sucedieron por todo el país, pero el gobierno pudo ir lidiando con las numerosas *partidas de facciosos* en casi todas partes, menos en Navarra y las Provincias vascas, donde un antiguo militar guipuzcoano, *purificado y excedente*, don Tomás de Zumalacárregui e Imaz, consiguió el apoyo y fue nombrado jefe de los sublevados navarros, vizcaínos y guipuzcoanos en lo que hoy es el parque de Los Llanos de Estella, desde donde se divisa la sierra de Urbasa, lugar estratégico que eligió Zumalacárregui como sede y base de operaciones del ejército que poco a poco logró organizar, para asombro y desdicha de los generales *crístinos* –por M<sup>a</sup> Cristina de Borbón y Parma, la viuda de Fernando VII y responsable de la Regencia del reino “de todas las Españas” hasta la mayoría de edad de su única hija, la que sería Isabel II–.

Y vino a ocurrir lo que ya pasara en la rebelión del veintidós. En palabras de don Benito Pérez Galdós:

“[...] Los cristinos venían a ser como extranjeros: nadie les quería, pocos les ayudaban. Tenían que llevar consigo las armas y el pan, y fortificarse en todo punto donde ponían su planta [...] el vecindario huía de los pueblos, poniéndose al amparo de la facción; a ningún precio se encontraban aldeanos ni pastores que quisieran practicar el espionaje; la ignorancia de los movimientos del enemigo y de los puntos en que pernoctaba eran motivo de gran confusión para los generales; nadie sabía nada; había que esperar los hechos, subordinando todo plan a lo que resultara de los del enemigo, por lo cual el verdadero director de la campaña era Zumalacárregui como jefe de su ejército, dueño absoluto del país en que operaba y de todo el paisanaje navarro.” (B. Pérez Galdós, 1976: 1.967 y 2.018)

<sup>19</sup> “En medio del tiempo...” es la traducción castellana del título de la edición catalana de 2005, *Aturar el temps...* ¿No habría sido mejor decir “Parar el tiempo...” que además de conservar la idea original del autor se entiende mucho mejor?

<sup>20</sup> En un Cuadro elaborado por Tilly para *Regimes and Repertoires* y que volvió a reproducir en *Contentious Performances* (2008: 151-152), este tipo de regímenes se caracterizarían por un manifiesto déficit democrático, así como por una escasa capacidad política para neutralizar la autonomía de otros centros de poder, lo que indefectiblemente les lleva a la guerra civil.

Pero el gobierno tenía otro frente abierto en su propia casa, porque a partir del primer motín anticlerical madrileño del 3 de abril de 1834, se produjeron otros muchos cada uno de los veranos siguientes hasta el de 1837 incluido, tanto en los centros urbanos más importantes del país como en ciudades medianas, sobre todo de Cataluña. El verano de 1835 fue el más crítico<sup>21</sup>, siendo la llamada a filas ante la amenaza de la facción la que en Zaragoza, por ejemplo, sacó a la calle a “grupos de Urbanos y paisanos [los cuales] lanzando gritos a favor de la República [y de] ‘Viva la constitución’ y ‘Viva la libertad [...] recorren la ciudad en desbandada, asaltando casas de realistas y conventos, con hachas, picos y trabucos [acompañados de] mujeres y chicos” (M. Santirso, 1999: 3-26). El motín se convirtió en insurrección primero en Barcelona, donde la multitud asesinó al general Bassa, quemó conventos, archivos policiales y los del tribunal de rentas, para, finalmente, llegar hasta la fábrica El Vapor y quemarla también; y también en Zaragoza, donde su Ayuntamiento creó una Junta Gubernativa en cuyo ánimo estaba “crear un poder local, y, más tarde provincial y regional que fuese capaz de enfrentarse al gobierno de Madrid” (C. Franco de Espés Mantecón, 1981: 45).

Después de seis años de guerra, ésta se dio por terminada en el Norte en agosto de 1839<sup>22</sup>, mediante la escenificación de una transacción o pacto entre generales, el liberal Baldomero Espartero y el carlista Rafael Maroto, el cual logró hacerse respetar por la mayoría de la oficialidad pero fue considerado un traidor por don Carlos y su corte, que huyeron a Francia. Además, el Acuerdo de Vergara dejaba abierta la puerta a nuevas negociaciones respecto a una cuestión básica, el engarce constitucional de Navarra y las Provincias vascas, pues a cambio del fin de las hostilidades el punto fundamental del acuerdo era el reconocimiento de sus fueros,

es decir, sus constituciones particulares, y, en el caso de Navarra, también sus instituciones políticas, aún vigentes. En conclusión, la guerra terminó sin que el régimen liberal establecido en Madrid hubiera logrado alcanzar una victoria militar o material sobre los carlistas, pero igual algo mucho más importante, un acuerdo político provisional.

Este final pactado provocó, además, un nuevo cambio de régimen, porque forzó la salida de la Regente tras una nueva insurrección en las ciudades que apoyaron a Espartero como nuevo regente en 1841. Insurrecciones y alzamientos, Juntas de Defensa y guerra seguirían siendo las actuaciones predilectas del *repertorio* de acción tanto de liberales, fueran estos moderados o progresistas, como de carlistas durante todo el siglo XIX. Incluso los republicanos (Jaca y Cuatro Vientos) siguieron usando ese mismo *repertorio* hasta bien entrado el siglo XX. Los cambios en la *estructura de oportunidad / amenaza* de los diferentes regímenes que se sucedieron desde el final de la Primera Guerra Carlista no permitieron que un *repertorio* de actuaciones diferente, pacífico y modular, como el que se estableció en la Gran Bretaña de principios del XIX y en la Francia de después de la Comuna, fuera posible en España hasta después de la muerte de Franco, en 1975.

#### **BREVE ESTUDIO COMPARATIVO DE LOS MECANISMOS QUE HICIERON POSIBLE LA MOVILIZACIÓN EN ALGUNAS POBLACIONES NAVARRAS DURANTE EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX**

Queriendo hacernos eco de las aportaciones de Charles Tilly en todo lo que hasta aquí llevamos dicho, presentamos ahora un breve avance de la comparación entre varios municipios navarros. Comparación que forma parte de un

<sup>21</sup> 4/6 de julio, Zaragoza; 17/18 de julio, Madrid; 18 de julio, Cádiz; 22/23 de julio, Reus; 23 y 26 de julio, asalto de numerosos monasterios catalanes; 25/26/27/28/ 29/30 de julio, Barcelona y su comarca, hasta Francia por el Norte, y hasta Tarragona por el Sur; en muchos puntos de Aragón, Valencia y Murcia. En agosto, los motines de Barcelona y Zaragoza desembocan en insurrecciones; durante la segunda quincena, se suceden los motines en Madrid, Miranda de Ebro, Vitoria, Pamplona, así como los asesinatos de generales

<sup>22</sup> En Cataluña y el Maestrazgo, sin embargo, la guerra continuó un año más, pues Ramón Cabrera no aceptó el Pacto que navarros y guipuzcoanos firmaron en Vergara.



estudio más amplio sobre la identidad y la movilización del primer carlismo en Navarra, en la que seguimos trabajando, y que se centra en el estudio de los mecanismos puestos en acción por los carlistas para propiciar una movilización que apoyara su lucha contra los liberales y el gobierno que les apoyaba.

## I. ESTUDIO COMPARATIVO

El *espacio* y el *tiempo* de nuestra *comparación* lo establece el rol de Navarra durante la *Primera Guerra Civil Carlista* como centro y bastión de este bando. A continuación planteamos el *estudio comparativo* de tres municipios navarros: *Cirauqui*, en la Merindad de Estella; *Lesaca*, una de las Cinco Villas de la Montaña, en la Merindad de Pamplona; y *Villafranca*, en la Merindad de Tudela<sup>23</sup>. La elección de la *escala municipal* como ámbito del estudio obedece a que la metodología histórica del estudio de caso requiere una aproximación a fuentes primarias y una profundización en cada una de las variables contextuales que dificulta elaborar comparaciones a mayor escala. El *número de casos* es fruto de un laborioso proceso de selección que valoró, de un lado, las *variables independientes* de cada municipio, ni muy homogéneas ni muy heterogéneas, pero capaces de explicar las *variables operativas* de nuestro estudio: la diferencia o similitud en la adscripción y la movilización carlistas.

El método comparativo ha sido extensamente utilizado por los sociólogos históricos, que, “en la estela de Tilly”, no juzgan prioritaria la búsqueda de causas o leyes generales, sino la indagación del proceso de creación de *mecanismos de acción –cognitivos, ambientales e interactivos–* de determinados *episodios* históricos, que se produjeron en lugares concretos. Nuestra búsqueda es “de pretensiones modestas: [pues se propone realizar] una explicación selectiva

de las características más sobresalientes, mediante el establecimiento de analogías causales [que, aunque] parciales” (C. Tilly, 2005b: 26) resultaron *cruciales*.

Las variables independientes sobre las que hemos trabajado para comparar Cirauqui, Lesaca y Villafranca son tres:

- 1) Económicas: Población, Tierra y Trabajo
- 2) Culturales: Familia y Casa / Lengua y Cultura
- 3) Políticas: Redes de relación existentes a escala local, regional o nacional

- 1) Económicas: Población, Tierra y Trabajo:

Cirauqui, situada en una zona agrícola<sup>24</sup> donde predomina el cereal, pero también rica en vid, contaba con 1.452 habitantes en 1797. Lesaca, con 1.806 habitantes en el mismo año, está en una zona donde predominan el ganado lanar, los bosques, los pastos y los pastizales, pero en una subzona donde la proporción de ganado bovino y ovino es más equilibrada que en el resto de la Montaña navarra. Villafranca, con 2.489, está también en zona cerealera, pero en una subzona de transición al regadío<sup>25</sup>.

Estos condicionantes en cuanto al aprovechamiento y explotación de la tierra y el ganado iban acompañados de una similar diferencia en cuanto al modo de trabajarla. Cirauqui era, desde la anexión a Castilla y hasta mediados del siglo XIX, lugar de Señorío de la casa de Alba, es decir, que la mayoría de sus habitantes era rentera del duque, aunque también había buen número de labradores medios, algunos con privilegio de hidalguía. Lesaca tenía tantos labradores propietarios como renteros, que compaginaban el trabajo de la tierra con la explotación del bosque, trabajando directa o indirectamente en la producción de carbón vegetal o en las todavía numerosas ferrerías de las Cinco Villas, además de gozar comunitariamente del resto de

<sup>23</sup> La “Merindad” es una división administrativa medieval que sigue vigente en la actual Comunidad Autónoma Foral de Navarra. De las cinco Merindades, Sangüesa y Olite no están representadas en esta investigación.

<sup>24</sup> Dando por sentado que la economía navarra continuó siendo eminentemente agrícola hasta la segunda mitad del siglo XX, la zonificación que Manuel Rapún Gárate (1985-1986: 167-193) hizo de la agricultura en la Navarra de 1962 ilustra igualmente la Navarra de principios del siglo XIX.

<sup>25</sup> Las cifras de población proceden del Censo realizado en 1797, llamado de Godoy, que es considerado poco fiable ya que se hizo con fines fiscales. Sin embargo, sirve a nuestros propósitos, ya que nos da una idea de las proporciones de la comparación.

recursos del bosque, como la caza. Significativamente, el número de pobres era mayor aquí que en el resto de Navarra, esencialmente por la pobreza del suelo<sup>26</sup>. Villafranca era, en significativo contraste con los otros dos municipios, una villa con buen número de propietarios, tanto grandes como medianos labradores, y un número aún mayor de jornaleros; el único que tenía pequeños talleres industriales de calzado, madera, textiles, etc., además de una fábrica de aguardiente, y también el único que ya desde el siglo XVII tenía censados algunos mercaderes, sobre todo de vino, que se vendía en Navarra pero también se exportaba a Castilla y Vascongadas, e incluso fuera de España. Si Lesaca explotaba el bosque, Villafranca era “congozante de las Bardenas Reales” junto a los demás pueblos navarros que las bordean y los valles pirenaicos de Salazar y el Roncal, lo que significaba acceso libre a caza y pastos para el ganado.

## 2) Culturales: Familia y Casa / Lengua y Cultura

En Lesaca, el tipo de familia predominante era la llamada “extensa”, y además, “troncal”: en la misma casa co-residían el heredero único o “troncal” de la casa y su familia, sus padres y sus hermanos solteros. La familia estaba ligada a la casa al punto de convertirse ésta en símbolo de una cultura específica y peculiar, la de los “case-ríos”, que tenían nombre propio y estaban agrupados en “barrios”, distantes del centro urbano de las villas. En Cirauqui predominaba igualmente la familia de tipo “troncal” o de heredero único, por difusión de un modelo cultural “montañés” –que se extendía desde Asturias hasta Cataluña–, pero, como Villafranca y a diferencia de Lesaca, su tipo de poblamiento era cerrado, agrupadas sus casas alrededor de la plaza. En Villafranca, como en toda la Ribera navarra, tanto estellesa como tudelana, el tipo de familia predominante era la nuclear. Como queda dicho, con poblamiento

cerrado alrededor de su plaza, pero con la diferencia respecto a los otros dos municipios de estar cruzada por dos ríos, además de cercana al Ebro –una vía de comunicación, que además de vía de riqueza lo fue también de cultura–.

Según la variable lingüística, se pueden trazar el límite aproximado de una cultura “vascófona” de más larga tradición en aquellas zonas donde la “familia extensa” fue predominante, al norte de Pamplona, en las comarcas pirenaicas y en las lindantes con Guipúzcoa<sup>27</sup>. Lesaca y las Cinco Villas se consideran, junto a la Baja Navarra, como la cuna del vascuence. En la Zona Media, donde se encuentra Cirauqui, el vascuence ya no era el habla común de la gente a la altura de la Primera Guerra Carlista, aunque esto no quiera decir que en otros aspectos la influencia cultural “vascófona” no fuera notable, como hemos visto en el caso de la familia. En Villafranca, nunca se usó el vascuence y sus características culturales guardaban más similitud con las imperantes en los pueblos o ciudades de la Ribera del Ebro.

## 3) Las redes de relación existentes a escala local y regional o nacional

En Cirauqui, el gobierno y la justicia, la seguridad y la política de abastos locales eran gobernados por el Alcalde y los Regidores de su Ayuntamiento, elegidos anualmente por nombramiento de los cargos salientes. Sin embargo, el tradicional sistema de la *insaculación*<sup>28</sup> era el sistema de gobierno que regía en Villafranca y Lesaca, con todo y ser villas con asiento en las Cortes navarras, y gozar la última de privilegio de hidalguía colectiva. Así pues, en cualquiera de los tres municipios los labradores tenían garantizada su presencia en el gobierno local, si sabían leer y escribir y tenían más de 25 años; lo que no evitaba que las élites locales de vecinos propietarios, las familias de los “don o doña” de

<sup>26</sup> El padrón de Lesaca de 1826 da una cifra de 667 pobres. En Villafranca, uno de 1827, da para esa villa 334, teniendo sin embargo mayor número de habitantes.

<sup>27</sup> Así se desprende de los excelentes trabajos de demografía histórica en el ámbito navarro, que vienen realizando F. Mikelarena Peña y P. Erdozáin Azpilicueta.

<sup>28</sup> Los nombres de los elegibles eran escritos en papeletas que se introducían en bolsas, y de ellas eran extraídos los nombres de los cargos correspondientes el día del “sorteo” electoral.

cada localidad, monopolizaran el poder local durante generaciones y mantuvieran vínculos en el gobierno regional, o incluso nacional, a través de redes familiares que se habían ido tejiendo desde el siglo XVI.

La presencia de la Iglesia era omnipresente en la época y, desde luego, en Navarra, donde el clero secular no sólo estaba compuesto por párrocos que regían sus parroquias, que a veces eran más de una en un mismo pueblo (por ejemplo, en *Cirauqui*), sino que al abrigo de la parroquia se mantenía un numeroso personal<sup>29</sup>. En *Lesaca* y *Villafranca* había también clero regular: un convento de carmelitas cada uno. Desde las filas liberales, y, durante mucho tiempo, también la historiografía, se ha atribuido a curas y frailes un protagonismo en las luchas políticas, como instigadores y participantes, que, en cambio, se le discutía a quienes se enrolaban en las partidas o formaban la multitud de las ciudades, quienes habrían actuado “vicaria” o subordinadamente, es decir, sirviendo a intereses que les eran ajenos, en este caso los de unos párrocos y frailes despojados de sus bienes y expulsados de sus conventos.

El tiempo y la investigación están poniendo a cada cual en su sitio y así como cada vez es más claro que ni los jornaleros y campesinos de los pueblos, ni las capas populares urbanas se dejaron arrastrar, sin más, a la partida o a la calle, también es innegable que curas y frailes participaron activamente en la movilización y el control de la población antes y después de la guerra. La Iglesia, al fin, era el principal espacio de relación intra- y extra-comunitario en la sociedad navarra y, en general, en España, una sociedad pre-política que, no lo olvidemos, proporcionaba la identidad social más importante de la época, la Católica. Precisamente, los liberales luchaban por crear una identidad no ligada a la Iglesia o la religión, una identidad Nacional, de ciudadanos y no de creyentes.

## II. MECANISMOS DE MOVILIZACIÓN

“Los *mecanismos* –dice Tilly (2005b: 28)– forman una delimitada clase de acontecimientos

que cambia las relaciones entre un específico conjunto de elementos en idénticos o muy parecidos sentidos y sobre una variedad de situaciones.” En este sentido, queremos establecer cuáles fueron los mecanismos para que en los pueblos seleccionados se realizara o no la movilización para luchar en las filas carlistas, y/o comunitariamente dieran su apoyo, fuera en hombres o en recursos, a la “causa” carlista, es decir, se adscribieran al bando carlista, sin descuidar hasta qué punto fueran forzados por la coerción ejercida sobre ellos, estuvieran motivados por el estilo tan bien descrito por el amigo y maestro de Tilly, Albert Hirschman, del “*gorrón*”, o que su adscripción resultase fruto del azar, dada la situación que ocupaban en el espacio en que ocurrieron los hechos.

En 1808, tenemos constancia de que en Villafranca hubo revuelta vecinal contra los franceses, respaldada por el Ayuntamiento. Esto provocó un manifiesto divorcio entre este último y las autoridades regionales (Diputación) y nacionales (Virrey), que se mantuvieron pasivas. Los de Villafranca se negaron a entregar bagajes a los franceses y se unieron a otros pueblos de la zona para resistir las requisas de grano y vino para el ejército. Pero finalmente los franceses lograron sus propósitos y, entre 1809 y 1812, permanecieron acuartelados en el pueblo. Algo parecido les ocurrió en 1834, pues cuando Zumalacárregui logró llegar hasta allí con la idea de ser abastecido, sobre todo de vino para sus tropas, el grueso del pueblo presencié y sancionó con sus vítores cómo el grupo de Milicianos atrincherado en la torre de su iglesia, junto a sus mujeres, era desalojado brutal y expeditivamente de ella. Después de esa hazaña, Villafranca estuvo bajo dominio liberal durante el resto de la guerra. La adscripción carlista de habitantes y autoridades locales de Villafranca –su Ayuntamiento era el subscritor número 107 de la Gaceta Oficial Carlista– le confiere la singularidad de pertenecer a la “Ribera carlista”<sup>30</sup>, pese a estar enclavada en la Merindad de Tudela, caracterizada por ser de adscripción liberal desde 1808.

<sup>29</sup> Lesaca, por ejemplo contaba con 1 Vicario, 6 Beneficiados y 4 Capellanes; y Villafranca, con 1 cura, 14 beneficiados, 3 de órdenes menores, 3 sacristanes o acólitos, 2 depositantes de la Inquisición y 4 síndicos de religión.

<sup>30</sup> Como documental y brillantemente argumentara J. L. Pan-Montojo (1990).

Lesaca está tan cerca de la frontera pirenaica como para poder gozar de alguna de sus ventajas (el comercio del contrabando de armas, por ejemplo) y padecer casi todas sus desventajas (servir de refugio y posada, por ejemplo, así como de fuente de suministros a todo tipo de tropas). Fue guarnición francesa ya en la Guerra de la Convención, en 1794, y en 1813 cuartel general de Wellington, desde donde éste dirigió a los ejércitos inglés y español en sus últimas campañas contra un ejército francés en retirada. Entre 1808 y 1812 formó su propia guerrilla, y en la Primera Guerra Civil Carlista era, según Pan-Montojo, “de opinión carlista”; aunque, según los Informes Electorales elaborados en 1838 por la Real Junta Gubernativa Carlista<sup>31</sup>, por entonces su adscripción fuera “promiscua” o mixta. Sea como fuere, lo cierto es que el último episodio de la guerra ocurrió en Lesaca, donde los batallones 5 y 11 del ejército de don Carlos se acantonaron contra el general Maroto y desde allí salieron camino del exilio a Francia, junto con aquél y su plana mayor.

Finalmente, Cirauqui, en 1808 también se unió a otros municipios de su entorno para hacer frente a la entrega de bagajes a los franceses; pero en 1811 no pudo evitar la requisita de grano. Desde el principio de la guerra fue lugar de acogida de voluntarios y soldados carlistas, donde éstos descansaban, se curaban o se aprovisionaban. Sabemos que su Ayuntamiento firmaba recibos de suministros para las partidas que apoyaban a Zumalacárregui, alguna de las cuales estaban dirigidas por algún “don” del mismo pueblo. Durante toda la guerra estuvo bajo dominio carlista, próxima como estaba a la base de la Junta carlista en Estella, y aunque también estaba próxima a uno de los acuartelamientos liberales más duraderos de la contienda, Puente la Reina. Con todo, en el Informe Electoral de la Junta de 1838, y en una carta de uno de sus párrocos, Francisco Sanz de Vicuña, éste asevera que en la villa “siguen y temo seguirán los partidos y las divisiones que hay tan inveteradas entre sus habitantes».

Con todas estas variables sobre el papel, y haciendo las conexiones pertinentes entre unos

y otros episodios, entendemos que los *mecanismos causales* que facilitaron o impidieron la *adscripción* carlista de los pueblos seleccionados fueron, fundamentalmente, *mecanismos interactivos*: por una parte, la posición que adoptaron tanto las autoridades como los notables locales respecto al conflicto, y, por otra, la mayor o menor exposición al dominio efectivo sobre el terreno que uno u otro bando logró imponer en un momento u otro de la contienda.

Sin embargo, creemos que la *movilización* a favor o en contra del bando carlista, de un mayor o menor número de campesinos, artesanos o jornaleros –que, claro es, tanto formaron el grueso de las partidas y luego del ejército carlista, como asimismo eran la mayoría de la población total de estos tres municipios–, respondió a *mecanismos* tanto *cognitivos* como *ambientales* e *interactivos* específicos de cada pueblo –y que hemos descrito más arriba–, por un lado, y, por otro, comunes a los tres como pertenecientes a una misma región –entonces aún Reino–, que aún disponía de autonomía política respecto al poder central del gobierno, y, sobre todo, de una red entre autoridades y clientelas locales que, una vez decidida su incorporación al bando carlista, fue capaz de reunir y hacer llegar los recursos disponibles a todos los rincones del territorio que controlara su ejército, cosa que ni el gobierno ni el ejército liberales conseguirían en ningún momento de esta guerra, tal y como no lo consiguieron los franceses durante su ocupación, entre 1808 y 1813.

## CONCLUSIONES

Hemos querido compartir con el lector interesado –y también provocar el interés de aquél que lo ignorara– la imagen que tenemos de la trayectoria vital y profesional de Charles Tilly, y nos hemos referido a aquellas de sus cualidades que le distinguieron en su labor docente e investigadora hasta alcanzar la maestría. *Chuck*, como le gustaba ser llamado, llegó a ser un maestro en vida, tanto para los profesionales de la Historia y la Sociología como para todo aquel

<sup>31</sup> Que se encuentran en el Archivo General de Navarra: Papeles de la RJGC, Legajo 59 (catalogación antigua)

que amara la historia o quisiera profundizar en las claves que condicionan y activan el comportamiento social. Tras su muerte, nos queda su legado y la convicción de que seguir su estela nos llevará a buen puerto, es decir, a un mayor y mejor conocimiento de nuestra historia y nuestras sociedades.

Hemos expuesto cuáles fueron sus presupuestos teóricos y con qué herramientas metodológicas fue cumpliendo su objetivo como investigador, el cual fue, según nuestro criterio, *no tanto* comprender *por qué* la gente común se moviliza *sino cómo, cuándo y para qué*. La sociología le predispuso a abordar “grandes estructuras, largos procesos y enormes comparaciones”, como reza uno de sus títulos más emblemáticos; sin embargo, cuando la historia le salió al encuentro, estrechó los parámetros de búsqueda hasta centrarse en un único momento y acontecimiento. Su permanente empeño en

unir estas dos vías de acceso al conocimiento de la sociedad, le sirvió para profundizar en su comprensión.

Finalmente, hemos escogido su *opera prima* sobre la Vendée francesa, por tantas razones admirable, como referente para abordar el estudio de la contrarrevolución española, el carlismo. Sin embargo, también nos hemos servido del bagaje metodológico y conceptual elaborado por Tilly en obras posteriores, para adelantar un relato de los conflictos políticos del primer tercio del siglo XIX en España, el cual culmina en un breve estudio comparativo de los mecanismos de movilización carlista en determinados municipios navarros.

*Nota final:* En reconocimiento a la generosidad, profesionalidad y talento de Charles Tilly, maestro excepcional, investigador singular y, sobre todo, un hombre bueno.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACTAS I JORNADAS INTERNACIONALES DE ESTUDIOS DEL CARLISMO (2008): *El Carlismo en su tiempo: Geografías de la contrarrevolución*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- ANDERSON, Perry (1974): *The Lineages of the Absolutist State*. Londres, Verso.
- BENDIX, Reinhard (1964): *Nation-Building & Citizenship: Studies of Our Changing Social Order*. Nueva York, Londres y Sydney, John Wiley and Sons.
- BERIAIN, Josexo y José L. ITURRATE (1998-2008): *Para comprender la teoría sociológica*. Estella, Verbo Divino.
- CANAL, Jordi (2004): “Guerra y contrarrevolución en la Europa del Sur en el siglo XIX: reflexiones a partir del caso español”, Monográfico sobre “Las guerras civiles en la España contemporánea”, *Ayer*, 55.
- CASQUETE, Jesús (2006): *El poder de la calle: Ensayos sobre acción colectiva*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- CASTRO ALFÍN, Demetrio (1989): “Agitación y orden en la Restauración: ¿Fin del ciclo revolucionario?”, *Historia Social*, 5.
- CRUZ MARTÍNEZ, Rafael (1998): “El mitin y el motín: la acción colectiva y los movimientos sociales en la España del siglo XX”, *Historia Social*, 31.
- (2006): “El repertorio frenético: La ocupación de la calle en la primavera de 1936”, *Historia y Política: Ideas, Procesos y Movimientos Sociales*, 16.
- DELANTY, Gerard & ISIN, ENGIN F. eds. (2003): *Handbook of historical sociology*. Londres, Sage.
- HOBBSAWM, Eric (1962): *The Age of Revolutions. 1789-1848*. Londres, Vintage.
- EISENSTADT, Samuel N. (1966): *Modernization: Protest and Change*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.
- ELSTER, John (1989): *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*. Barcelona, Gedisa.
- FONTANA, Joseph (2006): *De en medio del tiempo. La Segunda Restauración española, 1823-1834*. Barcelona, Crítica.
- FRANCO DE ESPÉS MANTECÓN, Carlos (1981): *Los motines y la formación de la junta revolucionaria de Zaragoza en 1835*. Zaragoza, Diputación Provincial e Institución «Fernando el Católico».
- GIL ANDRÉS, Carlos (2000): *Echarse a la calle: amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza.

- GURR, Ted R. (1970): *Why Men Rebel?* Princeton, NJ, Princeton University Press.
- HISTORIA SOCIAL*, 15 (Invierno 1993): “Dossier TILLY: ESTADO Y ACCIÓN COLECTIVA”
- HOBBSBAWM, Eric J. (1965): *Primitive Rebels: Studies in the Archaic Forms of Social Movement in the Nineteenth and Twentieth Centuries*. Nueva York, Norton.
- (1969): *Bandits*. Nueva York, Delacorte Press.
- JRADE, Ramón (1980): “Counterrevolution in Mexico: The Cristero Movement in Sociological and Historical Perspective”. University Microfilms, Inc.: Thesis (Ph.D.) Brown University.
- JULIÁ, Santos (1989): *Historia social / Sociología Histórica*. Madrid, Siglo XXI.
- LITTLE, Daniel (15-XII-2007): *Tilly interview at University of Michigan – Dearborn*. YouTube: 8 videos.
- MCADAM, Doug, Sydney TARROW y Charles TILLY (2001): *Dynamics of Contention*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MARTÍNEZ DORADO, Gloria (1996): “La relación entre el poder central y los poderes locales: Clientelismo y conflicto en Navarra y Valencia, 1808-1841”, en Antonio Robles Egea, comp., *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*. Madrid, Siglo XXI: 117-133.
- (2008): “Para entender la contrarrevolución: historia, memoria y política”, *Istor. Revista de Historia Internacional*, 33.
- MOORE JR., Barrington (1966): *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Boston, Beacon Press.
- PAN-MONTOJO, Juan Luis (1990): *Carlistas y liberales en Navarra (1833-1839)*. Pamplona, Gobierno de Navarra / Institución Príncipe de Viana.
- PARAMIO, Ludolfo, (1986): “Defensa e ilustración de la Sociología Histórica”, *Zona Abierta*, 38.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1976): *Episodios Nacionales. Tomo V. Zumalacárregui*. Madrid, Urbión/Hernando.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel (1994): “«Cuando lleguen los días de la cólera» (Movimientos sociales, teoría e historia), *Zona Abierta*, 69.
- POLÍTICA Y SOCIEDAD, 18 (Enero/abril 1995): “Sociología Histórica”.
- RAMOS, Ramón (1993): “Problemas textuales y metodológicos de la Sociología Histórica”, *REIS*, 63.
- RAPÚN GÁRATE, Manuel (1985-86): “Hacia una delimitación de los espacios que conforman la agricultura de Navarra”, *Estudios Regionales*, 15/16.
- SANTACARA, Carlos (1998): *Navarra 1813. El país que vieron los soldados británicos de Wellington*. Tafalla, Altafaylla Kultur Taldea.
- SANTIRSO, Manuel (1999): “De repente, el verano de 1835”, *Historia Social*, 34.
- SKOCPOL, Theda (1979): *States & Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia & China*. Cambridge, Cambridge University Press.
- SMELSER, Neil J. (1962): *Theory of Collective Behaviour*. Londres, Routledge & Kegan Paul.
- SEWELL, William H., Jr. (1996): “Three Temporalities: Toward an Eventful Sociology”, en Terrence J. McDonald, ed., *The Historic Turn in the Human Sciences*, Michigan, University of Michigan Press.
- (2008): “Early Tilly: *The Vendée* and Historical Social Science”, en <http://www.ssrc.org/hirschman/event/2008>
- STEINBERG, Marc W. (1994): “The Dialogue of Struggle: The Contest over Ideological Boundaries in the Case of London Silk Weavers in the Early 19th Century”, *Social Science History*, 18: 505-542.
- (1999): *Fighting Words: Working-Class Formation, Collective Action, and Discourse in Early 19th Century England*. Ithaca, NY, Cornell University Press.
- TAMAYO, Sergio (1999): *Los veinte octubre mexicanos: La transición a la modernización y la democracia, 1968-1988*. México D.F., Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- TARROW, Sidney (1989) *Democracy and Disorder: Social Conflict, Political Protest and Democracy in Italy, 1965-1975*. New York, Oxford University Press.
- (1998): *Power in Movement*. Nueva York, Cambridge University Press.
- (2005): *The New Transnational Activism*. Cambridge, Cambridge University Press.
- (2008): “Debating War, States, and Rights with Charles Tilly: A Contentious Conversation”, en <http://www.ssrc.org/hirschman/event/2008>: 3.
- THOMPSON, E.P. (1963-1968): *The Making of the English Working Class*. Londres, Victor Gollancz Ltd.

- TILLY, Charles (1964-1976): *The Vendée*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- (1966): “In defense of Jargon”, *Canadian Historical Association Record*, 178-186.
- (1978): *From Mobilization to Revolution*, Reading, Mass., Addison-Wesley.
- (1981): *As Sociology meets History*, Nueva York, Academic Press.
- (1984): “Les origines du répertoire de l’action collective contemporaine en France et en Grande-Bretagne”, *Vingtième Siècle. Revue d’Histoire*, 4, 89-108.
- (1984b): *Big Structures, Large Processes and Huge Comparisons*. N.Y.: Russell Sage Foundation. (se puede consultar la versión “working paper”, de 1983, en: <http://deepblue.lib.umich.edu/bitstream/2027.42/51064/1/295.pdf>)
- (1986): *The Contentious French*. Cambridge, MA, Harvard University Press.
- (1990): *Coercion, Capital and European States*. Oxford, Blackwell.
- (1995): *Popular Contention in Great Britain, 1785-1834*. Cambridge MA, Harvard University Press.
- (2003): *The Politics of Collective Violence*. Cambridge, Cambridge University Press.
- (2005): *Regimes and Repertoires*: Chicago, Chicago University Press.
- (2005b): *Identities, Boundaries & Social Ties*. Boulder and London, Paradigm Publishers.
- (2006): *Why?* Princeton, Princeton University Press.
- (2006b): “WUNC”, en T. Jeffrey Schnapp y M. Tiewes, eds., *Crowds*. Stanford: Stanford University Press.
- (2008): *Contentious Performances*. Cambridge, Cambridge University Press.
- (2008b): *Explaining Social Processes*. Boulder, CO, Paradigm Publishers.
- TORRAS, Jaume (1977): *Liberalismo y rebeldía campesina, 1820-1823*. Barcelona, Ariel.
- TOSCAS, Eliseu (1999): “El estudio de las estructuras de poder local en el siglo XIX: Aspectos metodológicos”, *Hispania*, LIX/1, 201.
- TRIMBERGER, Ellen K. (1978): *Revolution From Above: Military Bureaucrats, and Development in Japan, Turkey, Egypt and Peru*. New Brunswick, NJ, Transaction Books.